

Una selva tan infinita

La novela corta en México (1872-2011)



EL
ESTUDIO

Una selva tan infinita

La novela corta en México (1872-2011)



COORDINACIÓN
GUSTAVO JIMÉNEZ AGUIRRE

EDICIÓN
GUSTAVO JIMÉNEZ AGUIRRE, GABRIEL M. ENRÍQUEZ HERNÁNDEZ,
ESTHER MARTÍNEZ LUNA, SALVADOR TOVAR MENDOZA
Y RAQUEL VELASCO

ÍNDICE ONOMÁSTICO
SALVADOR TOVAR MENDOZA

APOYO ACADÉMICO
CHRISTIAN SPERLING, MILENKA FLORES Y FABIOLA DEL VILLAR



f.l.m.
fundación para las
letras mexicanas

Textos de Difusión Cultural
Serie El Estudio
Universidad Nacional Autónoma de México
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura
Fundación para las Letras Mexicanas
México, 2011



Diseño de logotipo: Andrea Jiménez

Diseño de portada: Gabriela Monticelli

Ilustración: DR © Alejandro Benassini
(detalle de la instalación Inside Silence, 2010).

Primera edición: 13 de diciembre de 2011

DR © De la compilación: Gustavo Jiménez Aguirre y los editores.

DR © De los artículos: cada uno de los autores compilados.

DR © Universidad Nacional Autónoma de México

Av. Universidad 3000, Ciudad Universitaria,

04510, México, D.F.

DR © Fundación para las Letras Mexicanas

Liverpool 16, colonia Juárez,

06600, México, D.F.

ISBN: 978-607-02-2919-0 (Tomo II)

ISBN de la serie: 968-36-3758-2

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

Impreso y hecho en México

V. RUPTURAS Y CERCANÍAS

LAS CATEDRALES DE SEVERINO SALAZAR

HERNÁN LARA ZAVALA

I

Quiero aprovechar mi comentario en torno a la novela corta de Severino Salazar *La provincia de los santos* para rendirle homenaje a un condiscípulo, amigo, colega y escritor a quien la crítica no le ha reconocido su valor dentro del ámbito de las letras mexicanas. A pesar de tener cerca de 15 libros y de haber ganado el Premio Juan Rulfo para Primera Novela desde el año de 1984 con *Donde deben estar las catedrales* y de publicar volúmenes de cuentos tan valiosos como *Las aguas derramadas* (1986, segunda edición 2001) o *Los cuentos de Tepetongo* (2001), por algún extraño motivo no ha sido suficientemente reconocido dentro del “canon” mexicano y, en vida, nunca le otorgaron la beca del Sistema Nacional de Creadores a pesar de haberla solicitado varias veces y de merecerla más que sobradamente. Acaso él mismo se dio por bien servido con el objetivo que se propuso al inicio de su carrera cuando éramos jóvenes estudiantes y hacíamos nuestros primeros intentos de escribir y me confió: “Yo me conformaría con llegar a ser un modesto escritor”. Pero la verdad Severino Salazar fue más que eso. Admirador acérrimo y discípulo de la escritora Luisa Josefina Hernández, Salazar fue capaz de crear un mundo interior a partir de sus experiencias de infancia y juventud transcurridas en su natal Tepetongo, en el estado de Zaca-

tecas. Fue también discípulo y seguidor de Rosario Castellanos en la UNAM y en sus colaboraciones de *Excélsior* antes de que la nombraran embajadora en Israel. Pero me atrevería a aventurar que fue con Juan José Arreola, nuestro maestro de creación literaria en la Facultad de Filosofía y Letras, donde aprendimos, entre otras muchas cosas, a cultivar y a escribir sobre ámbitos y personajes que conocíamos de primera mano. Cómo olvidar, por ejemplo, cuando Arreola, leyendo el cuento de Severino titulado “También hay inviernos fértiles”, frente a todo el salón de clase de pronto interrumpió su lectura y sorprendido exclamó: “¡Mire usted, yo no sabía que nevara en Zacatecas!”.

Con ese nombre tan sonoro, sibilante y original Severino Salazar se erigió como el narrador de la región de Zacatecas y muy particularmente de su ciudad natal que ostenta el también aliterativo (más que cacofónico, como se quejaba él) nombre de Tepetongo. Cuando empezábamos a escribir, algunos criticastros habían dictaminado ya, augustamente, el fin de la provincia mexicana dentro de nuestra narrativa para rendirle culto al becerro de varilla y hormigón de la Ciudad de México. Afortunadamente se trataba tan sólo de un alarde más de ese centralismo que nos sigue lastrando y que tanto daño nos ha hecho histórica, política, social y artísticamente. A la postre lo que ocurrió fue precisamente lo contrario pues la tendencia que sobresalió en nuestra ficción durante las tres últimas décadas del siglo xx y principios del xxi se abrieron a las diversas ciudades de provincia como fue el caso de autores como Jesús Gardea, Daniel Sada, Carlos Montemayor, Élmer Mendoza, Luis Humberto Crosthwaite, David Toscana, Eduardo Antonio Parra, Ricardo Elizondo Elizondo, Juan José Rodríguez, Jaime Muñoz, Luis Arturo Ramos, Eraclio Zepeda, Joaquín Bestard y el propio Salazar para mencionar tan sólo unos cuantos ejemplos. El gran mexicanista Luis Leal recientemente fallecido (2010) comentaba sobre el cuento “Libro corazón” de Severino Salazar:

Salazar combina lo europeo (cuentos italianos adaptados a un ambiente mexicano) con la vida de provincia. En su descripción de ésta (el pueblo y el campo) no esquiva el uso de mexicanismos... Pero siempre dentro del desarrollo de la anécdota y no por la descripción costumbrista *per se*. Y tampoco evita el uso de imágenes de procedencia europea como la palabra Romañola, nombre de una de las palomas de Rafael, que proviene del cuento “Sangre romañola” de Amicis. En esa tendencia encuentro el verdadero cosmopolitismo en cuentos cuyo fondo es mexicano, lo mismo que referencias a la historia y la cultura de México (222).

Y creo que fue gracias a Arreola, y a sus buenos oficios como coordinador del taller de creación literaria, que Severino logró encontrar desde muy temprano su voz y moldearla de acuerdo con el mundo interior de su lugar de origen.

Severino Salazar y yo nos conocimos en el año de 1970 en la Facultad de Filosofía y Letras cuando ambos estudiábamos letras inglesas. Acariciábamos ya la ambición de ser escritores y eso nos permitió identificarnos y compartir, además del taller de Arreola, lecturas de otros cursos y asistir a otras clases, lo cual propició diversos intercambios de ideas al punto de que, aún como estudiantes, logramos hacerle una entrevista a Luisa Josefina Hernández que Juan Rejano publicó en el suplemento dominical de *El Nacional* que dirigía. Con Severino mantuve una larga amistad que duró prácticamente toda la carrera y nuestros primeros libros se publicaron en la década de los 80. En su obra además de los escritores mexicanos ya citados influyeron de manera muy notoria los autores norteamericanos de la primera parte del siglo xx y muy en particular los llamados escritores del Deep South del tipo de William Faulkner, Carson McCullers, Flannery O’Connor, Tennessee Williams, Eudora Welty y Walker Percy. A Severino Salazar le atrajo siempre el elemento “gótico” o de “horror, suspenso, misterio y extrañeza” de estos autores e intentó incorporarlo a su narrativa. Sus temas están estrechamente vinculados a la zona de Tepetongo, Jerez, Fresnillo y la ciudad

de Zacatecas, así como a los conflictos religiosos, políticos, sociales y económicos que azolaban la región como la Revolución, la Cristiada, la minería, los caudillos militares, religiosos y caciquiles y muy en especial los personajes raros y excéntricos de la zona como prostitutas, cantantes, padrotillos, militares, agricultores, solterones, locos, curas, anacoretas, mártires y santos. Uno de los aspectos que deseo resaltar es que Severino era un escritor “natural” en el sentido de que había nacido para contar historias, poseía una fértil imaginación y sus cuentos fluían sin aparente esfuerzo como lo demuestra su vasta y rica producción literaria que lamentablemente se vio truncada antes de cumplir 60 años (falleció en el año 2005). Tal vez no era un estilista de prosa diáfana, tersa y cuidadosa pero sus pequeñas fallas de forma se compensan con creces con la originalidad de sus argumentos, la profundidad de sus tratamientos y lo extraño de sus caracteres y situaciones.

No sé qué tanto se pueda generalizar pero en el caso de Severino Salazar desde su primera novela *Donde deben estar las catedrales* se vislumbra ya el horizonte de lo que constituirá la totalidad de su obra y de sus obsesiones. En la entrevista que le hiciera Miguel Ángel Quemain para la edición de *Los cuentos de Tepetongo* sobre su proyecto narrativo, Severino aseveró sin dudar: “Pues mi proyecto es novelar la vida de Zacatecas. Ver qué tan parecidos somos al resto del país y al mundo” (215). Dentro de esta amplia propuesta Salazar eligió una imagen, la de la catedral de la ciudad de Zacatecas, para convertirla en su gran metáfora personal a partir de la cual elaboraría buena parte de su ficción al grado de identificar a uno de sus personajes que funcionan como álgter ego de su novela con una catedral: “Ya tengo una catedral dentro de mí. Soy una catedral. Siento que el alma se me vuelve una roca de la fachada” *Donde deben* 68). El título de *Donde deben estar las catedrales* su primer libro, está inspirado en un epígrafe de la novela *Lancelot* de Walker Percy que dice así: “Está cimentada de plano en el centro de la más grande concentración de ebrios, drogadictos, putas, padrotes, jotos, y sodomitas del hemisferio. Pero ¿no es ahí donde deben estar las catedrales?”.

Esta imagen se repite insistentemente en la narrativa de Salazar. En el cuento “Jesús que mi gozo perdure” de *Las aguas derramadas*, el narrador dice de Terry Holiday, la protagonista:

Se apagó con ella su voz y la canción que más me gustaba. Ésa que decía que el amor era como construir una avenida de catedrales de cristal por los caminos del alma y después cuando se iba, todos éramos como la ciudad: llevábamos una inmensa catedral de vidrio en el fondo del alma; pero tan frágil, tal vez tan efímera. Después nos acompañaba por la vida como ese recuerdo, como fantasma de una catedral que había existido en nuestro interior (19).

En *Los cuentos de Tepetongo* hay otro texto conmovedor que invierte el papel bíblico de Susana y los viejos que se titula “Catedral de cristal” en donde se alude a una réplica de la catedral de Zacatecas tallada en un pedazo de vidrio de Murano que Severino utiliza como símbolo del celibato de Susana: “Sin embargo, era una catedral vacía, sin materia, solamente de aire y luz” (155).

Más que cuentista o novelista Severino Salazar se movía con mayor naturalidad en las novelas cortas o relatos, como yo prefiero llamarlos para diferenciarlas del cuento y no caer en las apostasías de nombrarlas como “noveletas” o “cuentos largos”. La mayor parte de los textos de Salazar poseen, por lo general, una extensión mayor que la del cuento “puro y duro” y están divididos en capítulos; no se centran en una sola anécdota o incidente sino que ofrecen una visión más amplia de la fábula basada, más en la caracterización de sus personajes que en el desenlace o solución del conflicto; casi nunca se limitan a un solo incidente sorpresivo o epifánico, como sucede en la mayoría de los cuentos clásicos, sino que la anécdota se ramifica como en una novela ofreciendo una cierta ambigüedad, complejidad o misterio que deja los finales abiertos a la reflexión del lector.

Éste es el caso de *Llorar frente al espejo* y *La arquera loca* —incluidas en *Tres noveletas de amor imposible* (1998)— y principalmente de la que se consideró su primera novela, *Donde de-*

ben estar las catedrales. La primera edición consta exactamente de 128 páginas dividida en dos partes: la primera, que titula *La Tierra*, tiene menos de 100 páginas y constituye el meollo de la novela y la segunda, que funciona a manera de coda, titulada *La Luna* llega apenas a 30 páginas. El conflicto que plantea la novela es el de un triángulo entre Crescencio Montes, Máxima Benítez y Baldomero Berúmen que conduce al suicidio de este último aunque Severino Salazar se abstiene de revelar las causas del desenlace trágico de ese triángulo. Ofrece una gama de posibles motivaciones y posibilidades y, siguiendo una técnica que evoca a Rulfo y a García Márquez, narra sobre todo las vicisitudes de un pueblo de excéntricos personajes como Mariano Rodríguez que llega a Tepetongo a restaurar la iglesia parroquial, José de la Torre el tullido que va perdiendo sus órganos a medida que avanza la novela, Luis Rodríguez que tenía “un dominio especial sobre la tierra que pisaba”, el hombre araña que llega a escalar la catedral, Juana la Loca, el cantinero Jesús López, la sirvienta Ventura, Florentino Alvarado, el señor cura y tantos más que van delineando el perfil del microcosmos “gótico” de Tepetongo y sus alrededores. La novela se sirve de un personaje que actúa a manera de “áster ego” de Severino que supuestamente narra la historia y que simbólicamente asume el oficio de un arquitecto que ha construido una maqueta donde reproduce la ciudad de Zacatecas con todos sus detalles “para rescatar toda una historia que ocurrió hace como veinticinco años”. Para este rescate se sirve de diversas imágenes como son los pájaros, el espejo, la cebolla, el caracol, la Tierra y la Luna.

Algunas de las narraciones de Severino Salazar tienen un claro trasfondo autobiográfico como pueden ser “También hay inviernos fértiles” (*Las aguas derramadas*) o “Libro corazón” (*Los cuentos de Tepetongo*). En este bello y sugerente cuento Severino Salazar alude de manera muy tenue a su preferencia sexual de la siguiente manera: “A mi hermano Rafael no le importaban los cuentos y las revistas. Él tenía buena mano para los animales;

era el dueño de un par de chivos que mi papá le había dado desde que están chiquitos. Y él los alimentaba con yerba de la huerta y de las que crecían a la orilla del río... Ya adulto tengo que aceptar que había una rivalidad que apenas afloraba, que apenas se notaba entre nosotros dos: él era el hijo de mi padre; y yo el de mi madre” (170). Y el mismo Leal lanza la siguiente conjetura: “¿Será este cuento el resultado de los recuerdos ensangrentados que Salazar guarda de la lectura de *Corazón?*” (219).

Sus dos novelas propiamente dichas *El mundo es un lugar extraño* (1989), que bien podría ser uno de los lemas de la obra de Salazar, y *Desiertos intactos* (1990), se adentran en el ámbito onírico y del paisaje del desierto zacatecano y exploran las personalidades de dos anacoretas que reflejan parte de la constante preocupación mística del autor. En el fondo de toda la obra de Severino Salazar subyace un profundo sentimiento religioso que le insufla una muy particular vida a sus historias aun hasta en los más mínimos detalles.

II

La provincia de los santos, una de las tres novelas cortas contenidas en *Tres noveletas de amor imposible*, es una diatriba humorística, una sátira y un relato en clave o alegoría que puede leerse indistintamente en dos niveles: la lectura más literal es una denuncia en contra de la Iglesia, de sus jerarcas y de las múltiples manipulaciones que utilizan donde priva la ignorancia y la superstición con objeto de mantener el poder y controlar a ministros, feligreses y exégetas por igual. El recurso del que se sirve Severino Salazar para contarnos su historia se da a través de 17 cartas escritas por un sacerdote para relatarle al monaguillo de su parroquia los descubrimientos paulatinos que irá haciendo durante un viaje que emprende ex profeso desde la sierra de Juancho-rrey hasta la ciudad de Zacatecas donde radica el obispo, autor de

un sinnúmero de milagros. El sacerdote se encuentra preocupado y afligido porque:

Hasta este rincón del mundo, me empezaron a llegar las noticias —últimamente con mayor insistencia— de que todos los clérigos de la provincia, los más jóvenes, los de mi generación especialmente, ya son casi santos debido a los múltiples milagros que han realizado. Todos son milagrosos. Y yo no he hecho ni uno. Ni la mitad de uno. Ni nada que se le parezca. Por más que he tratado no se me dan, no me salen. Pero tampoco se crea que tengo envidia. No (121).

La historia ocurre en el año de 1790 cuando las comunicaciones eran tan precarias que para intercambiar cartas y mensajes la gente se tenía que servir de arrieros y leñadores que iban y venían de la sierra a la ciudad de Zacatecas. El sacerdote y narrador se describe a sí mismo en los siguientes términos: “Soy un hombre sencillo, humilde y solamente me mueve el deber, no la envidia o la soberbia. Ahora creo sinceramente que mi comunidad saldría beneficiada si yo pudiera también hacer milagros. Pues hay una gran demanda y consumo de milagros en estos tiempos” (122). El conflicto se centrará en los descubrimientos del protagonista, en tanto investiga el origen y la naturaleza de los dichosos “milagros” que con tanta frecuencia ocurren entre los sacerdotes amigos del obispo pero pronto se da cuenta de las invenciones, falacias, exageraciones, contradicciones y farsas de los presuntos santos. La grey del obispo se divide entre “milagrosos” y “exégetas”, unos encargados de realizar los milagros y los otros de certificarlos. En tanto avanza la anécdota el lector se da cuenta de que el personaje principal de la historia no es el humilde sacerdote quien a la larga resulta ser más bien una víctima sino el señor obispo que se encarga de divulgar, mediante “la hoja parroquial” que edita, sus propios milagros más los de todos aquellos que siguen sus pasos y enseñanzas y alaban su santidad. A la pregunta de cómo ser un favorito del señor obispo uno de los

“milagrosos” responde: “Comencé atacándolo desde mi humilde púlpito, hasta que un buen día me mandó llamar. Me ofreció su propio púlpito, donde yo podía predicar una vez a la semana, lo que yo quisiera sin censura. Obviamente no me iba a poner a darle de patadas al púlpito. Así es esto: hay que consolidar el poder lo más pronto posible en la vida” (128). Es decir se es exégeta hasta que se le convierte en santo. Se trata entonces de un acto de “cooptación” por parte del egocéntrico, narcisista y manipulador obispo cuyos espurios milagros mueven más a la risa que a la veneración. El relato termina con la desilusión del sacerdote al darse cuenta de que en este mundo no existen más milagros que los que benefician y enriquecen la imagen del señor obispo: “Me siento estafado por haber escogido una profesión que en realidad no conocía de cerca, por haber albergado en mi mente y en mi alma toda mi juventud, ideas equivocadas, ambiciones ilícitas, tan mundanas, que apartaban a uno de los verdaderos milagros de la vida. La vanidad de vanidades” (157). A pesar de ello, como se verá más adelante, en las últimas páginas de la novela el autor le da una doble vuelta de tuerca al relato al culminar con un último giro irónico que altera la reflexión final del narrador y redondea su historia que por ahora omito para no revelar la gran paradoja del desenlace. Este recurso de plantear una historia desde dos posibles lecturas, una literal y otra en clave, de extender la anécdota hacia diversas posibilidades interpretativas, de buscar un final para luego revertirlo es uno de los atributos que permite a la novela corta tener la contundencia del cuento a la par de la complejidad narrativa de la novela.

La otra lectura, la alegórica o cifrada, se centra en el ejercicio del cacicazgo intelectual tan propio de nuestro país tal y como se vivió sobre todo durante la segunda parte del siglo xx. En esa otra lectura “los milagros” no son sino las obras literarias surgidas en el seno de las cofradías y que obtienen la bendición del jerarca aquí representado por el señor obispo. Esos milagros se premian con becas, prebendas, publicaciones y reconocimientos,

todos salidos generosamente de las manos del señor obispo. Así los milagrosos y los exégetas no son sino la imagen del escritor servil, lambiscón y obsequioso que le rinde pleitesía sin ningún pudor al santón intelectual que manipula y encumbra a aquellos que lo veneran pero que, con igual facilidad, segrega y anatemiiza a aquellos que considera sus enemigos u opositores. Severino Salazar ofrece algunas pistas para que el lector pueda identificar y reconocer a la figura del señor obispo:

Algo que me impresionó de la visita al Señor Obispo fue su voz. Es chillona, ladina, como de mujer, sin entonación, monótona, sin matices. (Una monjita del convento de La Encarnación que empieza a volverse célebre por sus milagros tiene la voz más varonil y más modulada que la de él.) Y pensar que con esa voz ha pronunciado los eruditos sermones que lo han hecho tan famoso. Y esa cara dura de pocos amigos, es la del autor de los milagros tan sublimes que le han valido la devoción que se le profesa en toda la Nueva España. ¿Y con esa cara iba a estar un día en los altares, en las pinturas de los retablos de oro, en los devocionarios? Cuando lo miraba asombrado me dijo: Baja la vista, no quiero que me veas tanto la papada (138).

Poco a poco el lector puede ir identificando la identidad del personaje encubierto tras la mitra del obispo como cuando crea El Consejo para Fomentar los Milagros:

Por lo tanto el Señor Obispo, que de tonto no tenía ni un solo pelo, se le ocurre una idea magnífica: se entrevista con el corregidor y el Cabildo y les sugiere (aunque algunos especuladores afirman que les exige) que se cree un organismo provincial que apoye con limosnas la producción de milagros y que lleve un buen control de éstos. Que los exégetas y los milagrosos no vivan más de las limosnas y las caridades que recaudan en sus capillas —cuando las tienen— sino gocen de una mesada durante algunos años para que se dediquen, sin ninguna premura, a gestar un milagro o a hacer una exégesis. (Obviamente el Señor Obispo estaba pensando en sus amigos y en sus exégetas.) (141).

La diatriba se continúa y cada vez queda más claro quién es el personaje en cuestión. En lugar del premio Nobel el obispo es designado como arzobispo primado en cuya solemne misa recibió una fortuna en limosnas y cuando le preguntaron en qué iba a gastar tanto dinero el obispo respondió lo siguiente según afirma en la última carta el sacerdote:

El santo varón bromeando y delante de todos sus invitados y en voz alta se interrogaba a sí mismo sobre el destino del capital que ahora le pertenecía. ¿Qué podría comprar?, se preguntaba. Todos pensaban que lo iba a regalar en limosnas, en caridades. Pero dijo tal vez mande hacer un retablo para mi catedral, con mi efigie, pero con lo caro que están ahora los llamados retablos barrocos, que tal vez mande hacer solamente la mitad de uno (155).

Con “malicia celestial” el Señor Obispo recibe finalmente al humilde sacerdote incapaz de realizar “milagrerías, milagroturas, milagrismos o milagrosidades” que son las diversas tendencias o corrientes a las que pertenecen los “milagrosos” discípulos de su grey y le pregunta ingenuamente al obispo qué hacer. Que se regrese a su capilla de Juanchorrey, le contesta el prelado a lo cual el sacerdote le rebate: “Pero aquí está la catedral, el centro espiritual de toda la provincia, abierta a todas horas y a todos” (135). A lo que el Obispo le responde: “Disciplínate, sin disciplina no se logra nada. En esta acción está el poder, el secreto. Y abre tu corazón para que llegue a ti el anhelado don” (136). El sacerdote se resigna en apariencia, besa la mano del Obispo que le concede la bendición aunque luego el secretario le revela cuál fue el comentario final del Obispo sobre su encuentro: “¡Qué perra me vi con el pobre ranchero ese! ¡Fuchi!” (138).

Acaso con ello Salazar ironizaba sobre el hecho de que nunca le hubieran otorgado la beca de creadores de CONACULTA. No obstante, en el desenlace de la novela hay un rasgo de ironía dramática ya que luego de las burlas y parodias del narrador denunciando las manipulaciones del obispo nos enteramos, en una suerte de epílogo, que el humilde sacerdote logra finalmente realizar un

milagro que emula a los del propio obispo y a los de sus contemporáneos pues, según él, camina con pies alados y asciende por los aires para asistir el alma de un fiel moribundo para administrarle el sagrado sacramento de la extremaunción. Este giro de autoironía le permite a Severino Salazar reírse un poco de sí mismo, así como de las pretensiones de honestidad del narrador, que flaquea y cae para convertirse finalmente en un “santo milagroso”. Su monaguillo le sigue el juego y asume de inmediato el papel de exégeta del milagro que presuntamente presenció aunque se niega a devolver las comprometedoras cartas donde el sacerdote se mofaba del obispo y de sus pretensiones acaso como una forma de extorsión. Con este final se cierra humorísticamente la narración dejando en claro que no sólo el sacerdote sino también el monaguillo entran al juego del obispo integrándose a la “poética de la milagrosidad” que tan acerbamente criticaran.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- LEAL, LUIS. “Viaje al pasado: ‘Libro corazón’ de Severino Salazar”. *Cuento que no has de beber (la ficción en México)* Alfredo Pavón, edición, prólogo y notas. México: UAT-UAM-BUAP-University of California-Brigham Young University, 2006.
- QUEMAIN, MIGUEL ÁNGEL. “Severino Salazar: el llamado interior”. Entrevista. Severino Salazar. *Los cuentos de Tepetongo*. Alberto Paredes, selección y prólogo. México: UNAM, 2001.
- SALAZAR, SEVERINO. *Las aguas derramadas*. Xalapa, México: Universidad Veracruzana, 1986.
- _____. *Los cuentos de Tepetongo* Alberto Paredes, selección y prólogo. Miguel Ángel Quemain, entrevista. México: UNAM, 2001.
- _____. *Desiertos intactos*. México: Leega-UAM, 1990.
- _____. *Donde deben estar las catedrales*. México: INBA-Katún, 1984.
- _____. *El mundo es un lugar extraño*. México: Leega, 1989.
- _____. *Tres noveletas de amor imposible*. México: UAM, 1998.